

II

Suponed que un feliz acaso descarta esas causas de flaqueza y abre esas fuentes de talento. Entre todas esas novelas alteradas aparecerá una novela verdadera, elevada, conmovedora, sencilla, original: la historia de Enrique Esmond. Nada ha escrito Thackeray menos popular ni más bello.

Ese libro comprende las memorias ficticias del coronel Esmond, contemporáneo de la reina Ana, que, después de una vida agitada en Europa, se retiró con su mujer á Virginia, y se hizo allí plantador. Habla Esmond, y la exigencia de supeditar el tono al personaje suprime el estilo satirico, la ironía continua, el sarcasmo sangriento, las escenas dispuestas para ridiculizar la necedad, los acontecimientos combinados para anonadar al vicio. Desde entonces entramos en el mundo real, nos entregamos á la ilusión, gozamos de un variado espectáculo, desenvuelto sencillamente, sin pretensiones morales. Ya no os veis perseguidos de consejos personales; permanecéis en vuestro puesto, tranquilos, seguros, sin que ningún actor alce el dedo hacia vuestra cara para advertiros en el momento interesante que la obra se dirige á vosotros, á fin de conseguir vuestra salvación. Al mismo tiempo, y sin pensarlo, os sentís satisfechos. Al salir de la sátira encarnizada, la pura narración os cautiva; reposáis dando tregua al odio. Vuestra situación es

como la de un físico de regimiento que, después de un día de combates y operaciones, se sentase en un otero y contemplase el movimiento del campamento, el desfile de los bagajes y los lejanos horizontes suavizados por las pardas tintas del anochecer.

Por otra parte, las largas reflexiones, que, saliendo de la pluma del escritor, parecían triviales y espontáneas, tórnanse naturales y atractivas en boca del personaje. Esmond es un viejo que escribe para sus hijos, y les comenta su experiencia. Tiene el derecho de juzgar la vida; sus máximas corresponden á su edad; convertidas en rasgos de costumbres, pierden sus aires doctorales; se escuchan con complacencia, y, al volver la página, se percibe la serena y triste sonrisa que las ha dictado.

Juntamente con las reflexiones, se toleran los detalles. En otro sitio, las descripciones minuciosas suelen parecer pueriles; nosotros censurábamos que el autor se detuviese, con la escrupulosidad de un pintor inglés, en aventuras de escuela, en escenas de diligencia, en incidentes de posada; juzgábamos que esa intensa atención, no pudiendo concentrarse en los grandes asuntos artísticos, se rebajaba encadenándose á observaciones de microscopio y á pormenores de fotografía. Aquí todo cambia. Un autor de memorias tiene el derecho de contar sus impresiones de la infancia. Sus lejanos recuerdos, restos mutilados de una vida olvidada, tienen encanto sumo: volvemos á hacernos niños con él. Una lección de latín, un paso de tropa, un viaje á la grupa, llegan á ser sucesos importantes que la distancia embellece: disfruta uno con aquel placer tan tranquilo y tan íntimo del autor, y experimenta, como él, grandísima dulzura en ver renacer tan suavemente, y en una luz tan llena, los

fantasmas familiares del pasado. El detalle minucioso aumenta el interés, aumentando la naturalidad. Los relatos de campañas, los juicios diseminados sobre los libros y los sucesos de la época, cien escenas menudas, mil hechos ínfimos, visiblemente inútiles, contribuyen, por eso mismo, á la ilusión. Olvida uno al autor; se encuentra transportado á cien años de distancia, y tiene la satisfacción tan grande y tan rara de creer lo que lee.

Al par que el asunto suprime los defectos ó los trueca en excelencias, ofrece el más bello campo á las dotes del autor. Esa reflexión poderosa descompone y reproduce las costumbres del tiempo con una fidelidad sorprendente. Thackeray conoce á Swift, Steele, Addison, Saint-John y Marlborough tan profundamente como el historiador más diligente ó instruido. Pinta sus trajes, su casa y conversación como el mismo Walter Scott, y hace lo que Walter Scott no sabe hacer: imita su estilo hasta el punto de no distinguirse frases auténticas intercaladas en su texto. Esa perfecta imitación no se circunscribe á algunas escenas escogidas; se extiende á todo el volumen. El coronel Esmond escribe como en 1700. La proeza—el rasgo de genio, iba á decir—es tan grande como el esfuerzo y el éxito de Courier al reproducir el estilo de la antigua Grecia. El de Esmond tiene la medida, la exactitud, la sencillez y la solidez de los clásicos. Nuestras modernas temeridades, nuestra prodigalidad de imágenes, nuestro tropel de figuras, nuestra manía de gesticular, nuestro afán de producir efecto, todos nuestros malos hábitos literarios han desaparecido. Para que la copia se acerque tanto al original, Thackeray ha tenido que remontarse al sentido primitivo de las palabras, desenterrar giros olvidados, recons-

tituir un estado de inteligencia extinguido y una especie de ideas perdida. La misma imaginación de Dickens hubiera fracasado en ese empeño. Para intentarle y darle cima, ha sido menester toda la sagacidad, toda la calma y toda la fuerza de la ciencia y de la meditación.

Peró la obra maestra del libro es el carácter de Esmond. Thackeray le ha dotado de esa tierna bondad, de esa bondad casi femenina, que sobrepone siempre á las demás virtudes humanas, y de ese imperio de sí que es consecuencia de la reflexión habitual. Son las más bellas prendas de su almacén psicológico; cada una realza, por el contraste, el valor de la otra. Vemos un héroe, pero original y nuevo, inglés por su fría voluntad, moderno por la delicadeza y la sensibilidad de su corazón.

Enrique Esmond es un pobre niño, bastardo presunto de un lord Castlewood, y recogido por los herederos del nombre. Desde la primera escena se siente uno penetrado de la noble y moderada emoción que conservará hasta el fin del volumen. Lady Castlewood, al ir por primera vez al castillo, le ve en la gran biblioteca. Informada por el ama de gobierno, se sonroja y se aleja. Poco después vuelve, aguijada por el remordimiento. «Dirigiéndole una mirada de infinita ternura, le coge de la mano, poniéndole la otra sobre la cabeza y diciéndole algunas palabras tan cariñosas y con una voz tan dulce, que el niño, que jamás había visto antes criatura tan bella, sintió como el contacto de un ser superior ó de un ángel, que le hacía inclinarse hasta el suelo, y besó la bella mano protectora, hincando una rodilla. Hasta la última hora de su vida recordará Esmond las miradas y la voz de la dama, las sortijas de sus bellas manos, el perfume de su ves-

tido, el destello de sus ojos iluminados por la bondad y la sorpresa, la sonrisa que entreabría sus labios, y el sol que circundaba sus cabellos de una aureola de oro... En cada ademán y en cada mirada de esa hermosa criatura pareciale ver al niño una dulzura angélica, una luz de bondad. Quieta ó moviéndose, era igualmente seductora. El acento de su voz, por triviales que fuesen sus palabras, le producía un placer rayano casi en angustia. No puede llamarse amor á lo que sentía un niño de doce años, casi un criado, por dama tan elevada y señora suya; era adoración.» Ese sentimiento tan noble y tan puro se revela en una serie de actos de abnegación, narrados con extraordinaria sencillez. En las menores palabras, en el giro de una frase, en una conversación indiferente, se trasluce un gran corazón, penetrado de gratitud, incansable para inventar beneficios ó servicios, consolador, amigo, consejero, defensor de la honra de la familia y de la fortuna de los hijos. Dos veces se ha interpuesto Esmond entre lord Castlewood y el duelista lord Mohun; no ha dependido de él el que la espada del matador no encontrase su pecho. Cuando lord Castlewood, moribundo, le revela que no es bastardo, que el título y la fortuna le pertenecen, quema, sin decir nada, la confesión que podría sacarle de la pobreza y de la humillación en que tanto tiempo ha vivido. Ultrajado por su señora, enfermo á consecuencia de una herida que recibió al lado de su señor, acusado de ingratitud y de cobardía, persiste en callarse, teniendo su justificación en las manos. «Cuando acabó el combate en su alma, la inundó un rayo de pura alegría, y con lágrimas de reconocimiento dió gracias á Dios por haberle concedido fuerzas para adoptar aquel partido.» Más adelante, enamorado de otra mujer,

seguro de no poder casarse con ella mientras quede aquella mancha sobre su nacimiento á los ojos del mundo, en paz con su bienhechora á cuyo hijo ha salvado, é instado por ella á recobrar el nombre que le corresponde, sonríe dulcemente y contesta con voz grave:

«Las cosas quedaron ya arregladas hace doce años, junto al lecho de mi querido lord. Los niños no deben saber nada. Franck y sus herederos llevarán nuestro nombre. Le pertenece legítimamente; yo no tengo siquiera la prueba del matrimonio de mis padres (1), aunque mi pobre lord me dijo en su lecho de muerte que el Padre Holt había traído tal prueba á Castlewood. No he querido buscarla: cuando estaba en el continente, fui á ver la tumba de mi pobre madre en su convento. ¿Qué le importa ahora? Por mi sola palabra, ningún tribunal despojaría de su título á milord vizconde para dármelo á mí. Yo soy el jefe de la casa, querida lady; pero Franck sigue siendo vizconde de Castlewood, y antes que molestarle me metería fraile ó me marcharía á América.

»Como hablase así á su señora, por quien hubiera dado la vida ó hecho todo linaje de sacrificios, la afectuosa criatura se puso de hinojos delante de él y le besó las dos manos con tal transporte de apasionado amor y de gratitud, que enterneció su corazón, y le hizo sentirse muy orgulloso y muy reconocido porque Dios le hubiese dado el poder de demostrar su amor hacia ella y de probárselo con algún pequeño sacrificio de su parte. Ser capaz de derramar beneficios y venturas sobre aquellos á quienes se ama es la mayor bendición concedida á un hombre. ¿Y qué título ó ri-

(1) La tiene.

queza, qué satisfacción de vanidad ó de ambición hubiese podido compararse al placer que Esmond sentía entonces por poder atestiguar algún afecto á sus mejores y más queridos amigos?

»Queridísima santa (dijo), alma purísima, que tanto ha tenido que sufrir, que colmó al pobre huérfano abandonado de tan gran tesoro de cariño, yo soy el que debo arrodillarme, yo soy el que debo dar gracias por poder hacerla dichosa. ¡Bendito sea Dios, que me permite servirla (1)!»

Estas efusiones tan nobles parecen más conmovedoras aún por el contraste de las acciones que las rodean. Esmond hace la guerra; sirve á un partido; vive en medio de los peligros y los negocios, juzgando con alteza las revoluciones y la política; es hombre de experiencia, instruido, previsor, capaz de grandes empeños, dotado de valor y de prudencia, asediado de penas y preocupaciones, siempre triste y siempre viril. Acaba por llevar á Inglaterra al pretendiente, hermano de la reina Ana, y le tiene disfrazado en Castlewood, esperando el instante en que la reina moribunda le declare heredero del trono. Ese joven príncipe, verdadero Estuardo, hace la corte á la hija de lord Castlewood, Beatriz, á quien ama Esmond, y se escapa de noche para reunirse con ella. Esmond, que le espera, ve perdida la corona y deshonrada su casa. Su honor insultado y su amor ultrajado estallan en un soberbio y terrible arranque. Pálido, apretando los dientes, con el cerebro febril á consecuencia de cuatro noches de ansiedad y de vigias, conserva la lucidez de su razón, su tono mesurado, y explica al príncipe en estilo de etiqueta, con la frialdad respetuosa de un

(1) *Enrique Esmond*, tomo II, pág. 119.

relator oficial, la sandez que ha cometido y la cobardía que ha querido cometer. Hay que leer la escena para comprender la superioridad y la pasión que delatan aquella calma y aquella amargura.

«El príncipe murmuró la palabra *quet-apens*.

—»La celada, señor, no es nuestra. No somos nosotros los que os hemos llamado. Nosotros hemos venido para vengar, no para consumir la deshonra de nuestra familia.

—»¡Deshonra!—dijo el príncipe poniéndose como la grana.—¡Pardiez! ¿qué deshonra? Todo se ha reducido á una humorada inocente.

—»Que debía tener un fin serio.

—»Juro, milores,—gritó el príncipe imperiosamente—por mi honor de caballero...

—»Que hemos llegado á tiempo. No ha habido daño todavía, Franck—dijo el coronel Esmond, volviéndose hacia el joven Castlwood.—Mirad: he aquí un papel en que Su Majestad se ha dignado empezar algunos versos en honor ó para deshonra de Beatriz. Ved: *madame y flamme, cruelle y rebelle, amour y jour*, con la letra y la ortografía reales. Si el augusto amante hubiese sido más afortunado, no hubiese pasado el tiempo en suspirar.

—»Señor—dijo el príncipe encendido de ira.—¿He venido aquí para recibir insultos?

—»Para inferirlos, si le parece á Vuestra Majestad—respondió el coronel haciendo una gran reverencia—y los caballeros de nuestra familia han venido á dar las gracias á Vuestra Majestad.

—»¡Maldición!—exclamó el joven, con lágrimas de cólera impotente y de mortificación.—¿Qué queréis de mí, señores?

—»Si Vuestra Majestad tiene á bien pasar al apo-

sento inmediato—dijo Esmond con el mismo tono grave—quisiera someter á vuestra consideración algunos papeles; y con vuestro permiso voy á acompañaros.

»A esto, cogiendo el hachón, y haciéndose atrás con gran ceremonia, Mr. Esmond pasó al cuartito del capellán.

—»Franck, haced el favor de dar un asiento á Su Majestad—dijo el coronel; y, abriendo el secreto de encima de la chimenea, sacó los papeles guardados allí tanto tiempo hacía.

—»Con la venia de Vuestra Majestad—dijo—he aquí el título de marqués, enviado desde Saint-Germain por vuestro real padre al vizconde de Castlewood, mi padre. He aquí la certificación del matrimonio de mis padres, de mi nacimiento y mi bautismo. Fui bautizado en la religión de que dió tan brillante ejemplo, durante toda su vida, vuestro piadoso padre. He aquí mis títulos, querido Franck, y he aquí lo que hago con ellos. Al fuego bautismo y matrimonio, y el marcado, y la augusta firma con que vuestro predecesor se dignó honrar á nuestro linaje.

»Y diciendo y haciendo, echó los papeles á la lumbre. Luego continuó:

—»Señor, os dignaréis recordar que nuestra familia se ha arruinado por ser fiel á la vuestra; que mi abuelo gastó su fortuna y dió su sangre y la sangre de su hijo por vuestro servicio; que el abuelo de mi querido lord—porque ahora sois lord, Franck, por derecho y por título también—murió por la misma causa; que mi pobre parienta, la segunda mujer de mi padre, después de sacrificar su honor á vuestra casta perversa y perjura, ha enviado toda su fortuna al rey, obteniendo en cambio ese precioso título, que está ahí reducido á

cenizas, y esta inestimable cinta azul. La pongo á vuestros pies y la pisoteo; saco esta espada, y la rompo, y reniego de vos. Y si hubieseis consumado el ultraje que meditabais contra nosotros, ¡por el cielo! que os hubiese atravesado el corazón con ella, y que así hubiese pensado en perdonaros como vuestro padre en perdonar á Monmouth (1).»

Dos páginas después habla como sigue de su matrimonio con lady Castlewood:

«Esta felicidad no puede describirse con palabras. Es sagrada y secreta por su naturaleza. No es posible hablar de ella, á pesar de sentir tanta gratitud, salvo á Dios y á un solo corazón, al ser querido, á la más fiel, á las más tierna, á la más pura de las mujeres que jamás fué concedida á un hombre. Y cuando pienso en la inmensa felicidad que me estaba reservada, en la profundidad y en la intensidad de ese amor que se me ha prodigado durante tantos años, confieso que siento un transporte de asombro y de gratitud por tal favor. Sí: agradezco el tener un corazón capaz de conocer y de apreciar la belleza y la gloria inmensa del don que Dios me ha hecho. Seguramente el amor *vincit omnia*, se eleva á cien mil leguas sobre toda ambición, es más precioso que la riqueza, es más noble que la gloria. El que le desconoce, desconoce la vida; el que no ha gozado de él no ha sentido la facultad más alta del alma. Al escribir el nombre de mi mujer, escribo el ápice de toda esperanza y el colmo de toda dicha. Tener tal amor es la bendición única. A su lado, todo goce terreno es nulo. Pensar en ella es aladar á Dios (2).»

(1) *Enrique Esmond*, tomo II, pág. 303.

(2) *Idem*, *id.*, pág. 310.

Un carácter capaz de tales contrastes es una gran obra. Recordando que Thackeray no ha hecho otra, se lamenta que las intenciones morales hayan desviado de su fin esas bellas facultades literarias, y se deplora que la sátira haya arrebatado al arte semejante talento.

III

¿Qué es y qué vale esa literatura, uno de cuyos príncipes es Thackeray?—En el fondo, es, como toda literatura, una definición del hombre, y, para juzgarla, hay que compararla con el hombre. Podemos hacerlo al presente: acabamos de estudiar un espíritu, el mismo Thackeray; hemos considerado sus facultades, notando las conexiones, las consecuencias y el grado de las mismas; tenemos á la vista un ejemplar de la naturaleza humana. Podemos juzgar de la copia por el ejemplar, y confrontar la definición que sus novelas exponen con la definición que ofrece su carácter.

Las dos definiciones son contrarias, y su retrato es la crítica de su talento. Se ha visto que, en él, las mismas facultades producen lo bello y lo feo, la fuerza y la debilidad, el éxito y el fracaso; que la reflexión moral, después de proveerle de todos los poderes satíricos, le rebaja en el arte; que, después de difundir por sus novelas contemporáneas un tinte de vulgaridad y de falsedad, eleva su novela histórica á la al-

tura de las obras más bellas; que la misma constitución de espíritu le enseña, así el estilo sarcástico y violento como el estilo templado y sencillo, así el encarnizamiento y la acerbidad del odio como las efusiones y delicadezas del amor. Lo malo y lo bueno, lo bello y lo feo, lo repulsivo y lo agradable, no son, pues, en él, más que efectos remotos, de importancia subalterna, engendrados por el concurso de circunstancias variables, cualidades derivadas y fortuitas, no esenciales y primitivas; formas diversas que orillas diversas pintan en la misma corriente. Lo mismo pasa con los restantes hombres. Las cualidades morales son de primer orden, sin duda: constituyen el motor de la civilización y la nobleza del individuo; la sociedad no subsiste sino por ellas, y el hombre no es grande más que por ellas. Pero, si son el más bello fruto de la planta humana, no son la raíz; nos dan nuestro valor, pero no constituyen nuestro fondo. Ni los vicios ni las virtudes del hombre son su naturaleza; alabarle ó censurarle no es conocerle; ni la aprobación ni la desaprobación le definen; los nombres de bueno y malo no nos dicen nada de lo que es. Poned á Cartouche en una corte italiana del siglo xv, y será un gran hombre de Estado. Transportad á ese noble tacaño y de espíritu estrecho á una tienda, y será un comerciante ejemplar. Tal hombre público, de una probidad inflexible, es un vanidoso inaguantable en su salón. Aquel padre de familia tan humano es un político imbécil. Cambiad de medio una virtud, y se trueca en vicio; cambiad de medio un vicio, y se trueca en virtud. Mirad la misma cualidad por dos lados: por el uno es un defecto; por el otro es un mérito. La esencia del hombre yace escondida profundamente á gran distancia de esas etiquetas morales. Estas últimas no indican

más que el efecto útil ó nocivo de nuestra constitución interior; pero no revelan nuestra constitución interior. Son faroles de seguridad ó de aviso, aplicados á nuestro nombre para invitar al pasajero á apartarse ó aproximarse; no son la carta explicativa de nuestro ser.—Nuestra verdadera esencia consiste en las causas de nuestras buenas ó malas cualidades, y esas causas se encuentran en el temperamento, en la especie y el grado de imaginación, en la cantidad y velocidad de atención, en la magnitud y dirección de las pasiones primitivas. Un carácter es una fuerza, como la gravedad ó el vapor de agua, capaz de efectos perniciosos ó provechosos, según las circunstancias, y que debe definirse de otro modo que atendiendo á la cantidad de peso que levanta ó á la entidad de los daños que origina. Es, pues, desconocer al hombre reducirle, como hace Thackeray y como hace la literatura inglesa, á un conjunto de virtudes ó de vicios; es no ver más que su superficie exterior y social, desatendiendo el fondo natural é íntimo. El mismo defecto encontraréis en la crítica del país: crítica siempre moral, jamás psicológica; crítica preocupada en medir exactamente el grado de honradez de los hombres, olvidando el mecanismo de nuestros sentimientos y de nuestras facultades. Encontraréis el mismo defecto en su religión, que no es más que un sentimiento ó una disciplina; en su filosofía, huérfana de metafísica; y, si os remontáis á la fuente, según la regla que hace derivar los vicios de las virtudes y las virtudes de los vicios, veréis derivar todos esos flacos de su energía nativa, de su educación práctica y de esa especie de instinto poético religioso y severo que los hizo en otros días protestantes y puritanos.

CAPÍTULO III

La crítica y la historia.—Macaulay.

Puesto y papel de Macaulay en Inglaterra.

§ 1.º—ENSAYOS CRÍTICOS É HISTÓRICOS.

- I. Sus *Ensayos*.—Atractivo y utilidad del género.—Sus opiniones.—Su filosofía.—Cómo es inglesa y práctica.—Su *Ensayo sobre Bacon*.—Cuál es, según él, el verdadero objeto de las ciencias.—Comparación entre Bacon y los antiguos.
- Su crítica.—Sus preocupaciones morales.—Comparación de la crítica en Francia y en Inglaterra.—Por qué es religioso.—Conexión de la religión y del liberalismo en Inglaterra.—Liberalismo de Macaulay.—*Ensayo sobre la Iglesia y el Estado*.
- Su pasión por la libertad política.—Cómo es el orador y el historiador del partido whig.—*Ensayos sobre la Revolución y los Estuardos*.
- II. Su talento.—Su afición á la demostración.—Su afición á los desarrollos.—Carácter oratorio de su espíritu.—En qué se diferencia de los oradores clásicos.—Su estima de los hechos particulares, de las experiencias sensibles y de los recuerdos personales.—*Ensayos sobre Warren Hastings y sobre Clive*.
- Caracteres ingleses de su talento.—Su rudeza.—Su burla.—Su poesía.